



Infundadas Alarmas de los Pobres de Espíritu

No Aspiro a una Cartera

Un diario local, en edición de ayer, hace ataques al director de EL UNIVERSAL, por su supuesto nombramiento para la Secretaría de Comunicaciones.

Ha sido mi enérgico y firme propósito no medir mis armas, por modestas que ellas sean, con aquellos contrincentes desautorizados por indignos para alternar con las gentes serias.

Juzgo que, para la psicología de los lacayos, no es la pluma, noble instrumento de debate, de propaganda y de cultura, la que debe usarse, sino la ruda suela del calzado.

Pero sucede a veces, que de un coro de ladridos surge algún gruñido estridente, capaz de despertar en nos-

otros el deseo de utilizar, para información del público, algunos de nuestros puntos de vista.

Conocen mis lectores con qué ruda franqueza he sostenido siempre mis convicciones, y cuando los adula-dores que habían hecho de este oficio su lucrativa carre-ra, ostentaban la defensa hipócrita de la Constitución de 57, censuraron mi actitud al señalar los defectos y las deficiencias de aquella Carta y al sostener antes que na-die la necesidad de urgentes e imprescindibles reformas.

Mi fe en la aptitud de Carranza para dominar las exaltaciones morbosas, para sujetar los desmedidos ape-titos hasta lograr el establecimiento de un Gobierno Constitucional en México, hizo que algunos vociferadores me acusaran de servilismo.

Cuando separado de la Administración Pública para dedicarme a una labor política de personal responsabi-lidad, he combatido a poderosos elementos, lógicamente adheridos al Gobierno del señor Carranza, ha sido expo-niéndome a todos los riesgos y a todas las consecuencias de mi libre acción.

Yo fui carrancista. Desde el 10. de mayo el carran-cismo dejó de existir. Don Venustiano Carranza, asu-miendo legalmente la Presidencia de la República, dejó de ser un caudillo, para convertirse en el representante de la Nación Mexicana, que comprende a todos los ciu-dadanos del país, sean cuales fueren sus credos políti-cos.

Creí útil la labor de apoyar las elecciones en favor del señor Carranza, por el cual tengo profunda admira-ción. Ahora, mi situación de escritor para el público, mi plaza de periodista independiente, me da la singular ventaja de externar y defender las convicciones de una

orientación política que yo creo sensata y de cuyas equívocas solamente yo mismo debo responder.

En esta posición privilegiada, en un medio acostumbrado a la servidumbre y teniendo que alternar como director de periódico con gente de mala ralea, que a las mismas alturas ha llegado, aparentemente, puesto que no se llega sino a lo que se es, debo hacer guardar las distancias.

Los gacettilleros de ayer, y los ignaros de ayer, de hoy y de mañana, no tienen otro recurso que arrendarse, como los antiguos pajes-músicos, para escoltar a sus señores en sus aventuras, en tanto que nosotros queremos hacer del periodismo mexicano, un tarea dignificada por la virtud y, si el caso llega, por el sacrificio.

Es así como declaro, de una buena vez, para quitar la alarma a los pobres de espíritu, que ven diariamente en mí un peligro personal para sus granjerías y empleos, que no aspiro a ningún cargo oficial en la Administración del señor don Venustiano Carranza, quien no debe haber pensado en mí, demasiado inerte como civil y demasiado altivo en mi humildad, para colaboración administrativa de ninguna especie. Por mi parte, tampoco aceptaré, por ahora, el honor de ningún cargo político en la Administración actual.

¿Cómo pueden comprender esta actitud los que han hecho del periodismo un medio y no un fin?

¿Cómo van a explicarse mi actitud los ineptos, los cobardes o los desvengozados, si nosotros, para poder conservarnos en la posición de hombres libres, de ciudadanos independientes y de políticos de acción, no queremos contar sino con nuestras propias fuerzas, sumadas, eso sí, a las de todos aquellos elementos sanos de

la sociedad, a todas aquellas fuerzas conscientes de la Revolución que han visto en la bandera reivindicadora no un verde prado donde pacer como rebaños, sino un terreno árido y escabroso donde es preciso exponer todos los días, en singulares combates, la tranquilidad personal, los intereses particulares y hasta la misma vida?

Cada uno en su puesto.